

HIC RHODUS, HIC SALTA

Entre las muchas obras escritas en la antigua Grecia que han perdurado como clásicos hasta hoy, en gran parte mediadas por traducciones latinas o árabes, la *Esópica* constituye un caso especial. Ciertamente, las *Fábulas de Esopo* no sobresalen por razones de grandeza literaria (como los poemas homéricos o las tragedias de Sófocles) ni de genialidad intelectual (como los diálogos platónicos o los tratados de Aristóteles), sino por una popularidad muy sencilla y humilde, *sui generis*. Popularidad en los dos sentidos de la palabra: masivo reconocimiento del público y profunda conexión con la idiosincrasia popular o la sensibilidad plebeya. Esta extraordinaria popularidad de las *Fábulas* esópicas –que se remonta a su misma época de redacción, allá por el siglo VII antes de nuestra era– se ha cimentado en una combinación notable de concisión y amenidad narrativas, ingenio didáctico, perspicacia psicológica y sabiduría moral, amén de pinceladas muy oportunas de humor e ironía. Tal combinación de cualidades explica su éxito no solo en todo tiempo y lugar (generaciones antiguas y modernas, sociedades occidentales y no occidentales), sino también entre distintas edades, incluyendo la infancia, como sucede con muchos mitos y leyendas, o con los cuentos de hadas.

Valerse de animales antropomórficos –inteligentes, conscientes, parlantes– es una de las claves del éxito popular de la *Esópica*, sin dudas, aunque no se trata de una invención de su autor, ni tampoco helénica (circulaban muchas fábulas zoológicas en las civilizaciones antiguas del Cercano y Lejano Oriente). Por supuesto que no siempre los fabulistas optan por humanizar la fauna silvestre o doméstica de su entorno. Pueden preferir, a veces, personajes directamente humanos. Esto vale también para Esopo, el más célebre de los fabulistas de la literatura universal. Un buen ejemplo es “El atleta fanfarrón”, o simplemente “El fanfarrón”, la fábula que más abajo transcribimos, y de la cual solo se han conservado versiones tardías en latín; un problema que afecta a casi todos los relatos de la *Esópica*, puesto que la recopilación original en griego (datada a fines del siglo IV a.C. y atribuida a Demetrio de Falero, con cerca de quinientas fábulas) está extraviada.

Un atleta que era muy conocido de sus conciudadanos por su falta de vigor, partió un día para el extranjero. Volvió al cabo de algún tiempo, pregonando que había llevado a cabo varias proezas en distintos países; contaba sobre todo haber hecho en Rodas un salto que ninguno de los atletas coronados en los juegos olímpicos era capaz de realizar, añadiendo que presentaría a los testigos de su hazaña si los que allí se hallaban presentes venían alguna vez de su país.

Uno de los que escuchaban tomó la palabra y dijo:

—Oye, amigo: si eso es verdad, no hacen falta testigos; ¡esto es Rodas, salta aquí!

*Enseña esta fábula que cuando no puede probarse una cosa con hechos, todo lo que se diga sobra.*¹

¹ Esopo, *Fábulas*, Ed. de la Universidad de Guanajuato, México, 2018, p. 58. Trad. de Ángel Pumarega.

Este es el origen –ya podemos ir al grano– del proverbio latino *hic Rhodus, hic saltus* (literalmente: «aquí Rodas, aquí el salto»), paremia tan o más famosa que la propia fábula del griego Esopo, aunque contemporáneamente la conocemos más bien en su variante *hic Rhodus, hic salta* («aquí Rodas, salta aquí»), introducida por Marx a mediados del siglo XIX.

En el prólogo a *Principios de la Filosofía del Derecho* (1821), Hegel escribe uno de sus aforismos más citados o parafraseados: “Lo que es racional es efectivamente real, y lo que es efectivamente real es racional”². Esta frase adquiere todo su sentido cuando aceptamos la premisa hegeliana de la superación de la dualidad pensamiento-realidad objetiva y entendemos, entonces, “lo efectivamente real” como la realización de la idea en la realidad objetiva, o la objetivación de la idea. A continuación, Hegel cita a Esopo en griego y en latín e infiere un corolario clave de su concepción filosófica:

Ἰδοὺ Ῥόδος, ἰδοὺ καὶ τὸ πῆδημα.

Hic Rhodus, hic saltus.

Comprender conceptualmente lo que es constituye la tarea de la filosofía, pues lo que es, es la razón.³

Luego, Hegel explica que la filosofía es hija de su tiempo y que, por ello mismo, se limita a aprehender “su tiempo en pensamientos”. Y continúa:

Es igualmente insensato pensar que una filosofía pueda ir más allá de su mundo contemporáneo, como que un individuo pueda saltar por encima de su tiempo, por encima de Rodas. Si su teoría va efectivamente más allá, si construye un mundo tal como este debería ser, entonces ese mundo existe ciertamente, pero solo en su opinión [*Meinen*], en un elemento en el que puede incorporarse cualquier arbitrariedad.

Con una ligera modificación, aquella manera de expresarse rezaría:

“Aquí está la rosa, baila aquí”⁴

Y Hegel aclara que “reconocer la razón como la rosa en la cruz del presente” es lo propio de la filosofía, que supondría así “la reconciliación con la realidad” (seguramente una alusión a la cristología de Lutero, y acaso también a la tradición esotérica de los rosacruces).

Karl Marx, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), recupera libremente el proverbio latino⁵ y el uso que Hegel hace del mismo, pero lleva el pensamiento hegeliano mucho más allá:

Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las

² “*Was vernünftig ist, das ist wirklich, und was wirklich ist, das ist vernünftig*” es la frase original en alemán. G. W. F. Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, en *Gesammelte Werke 14,1*, Hamburgo, Meiner, 2009, p. 14.

³ “*Das was ist zu begreifen, ist die Aufgabe der Philosophie, denn das was ist, ist die Vernunft*”, sentencia Hegel en su lengua. *Ibid.*, p. 15.

⁴ “*Hier ist die Rose, hier tanze*” es la frase original. *Ibid.*, p. 16. En esta traducción libre –demasiado libre– al alemán, Hegel juega con la paronimia de dos palabras griegas y el doble sentido de una tercera en latín: *Ῥόδος*, que designa a la isla de Rodas, es trastocada en el sustantivo alemán *Rose* (rosa), una paronimia muy débil en términos directos, pero muy pregnante si se tiene en cuenta que en griego «rosa» es *ródon*; por otro lado, el verbo latino *saltare* significa tanto «saltar» como «bailar».

⁵ Como ya se indicó, Marx cambia el sustantivo *saltus* por el imperativo *salta*.

indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!

¡Aquí está la rosa, baila aquí!”⁶

Como se advierte, los verbos que utiliza Hegel para caracterizar la tarea filosófica son de carácter meramente intelectual (comprender, reconocer, reconciliarse); mientras que, en Marx, la filosofía adquiere, además, un cometido práctico: “de lo que se trata, es de *transformar* el mundo” (Tesis XI sobre Feuerbach)⁷. Si, para Hegel, “la lechuza de Minerva inicia su vuelo recién con el caer del crepúsculo” (lo que quiere decir que la filosofía debe limitarse a pensar lo acontecido), Marx reclama para ésta también la incumbencia sobre el futuro. Pero lo interesante aquí –si bien se lo ve– es que Marx no refuta a Hegel como quien contrapone a una afirmación otra simplemente opuesta. El fundador del materialismo histórico saca las consecuencias que Hegel no supo o no quiso sacar de su propio pensamiento. En la *Fenomenología del espíritu*, una figura es superada [*aufgehoben*] por otra cuando la forma de la primera ya ha dejado de coincidir con su esencia; lo que significa que hay una contradicción que pugna por resolverse en una figura superior, y que necesariamente alcanzará esa resolución. Es decir que, cuando la realidad objetiva (léase el Estado, la estructura económica) se presenta como enfrentada a la racionalidad, ésta debe imponerse, y la realidad efectiva debe adquirir una nueva forma que sea racional. Por ende, las contradicciones irresolubles dentro del capitalismo (socialización de la producción vs. privatización de los beneficios, por nombrar sólo una) pugnan por ser resueltas y superadas en una forma social superior, (más) racional. Y cabe aclarar aquí, que son los sujetos sociales quienes sufren las contradicciones y que, a causa de ello, luchan por superarlas. Siendo la razón (no sólo en sentido teórico, sino también práctico) la sustancia y el elemento mismo de la filosofía, resulta arbitrario exigir que ésta se abstenga aquí de involucrarse, o que excluya de su reflexión a toda una dimensión temporal. Pensar el futuro de un modo racional, descubriendo y analizando en el presente las tensiones que exigen resolución, es muy diferente a construir quimeras o elucubrar sin fundamento (y aquí Hegel parece no hacer distinciones). Si bien esto último está muy bien para la literatura, resulta insuficiente para la filosofía: es lo que distingue al llamado “socialismo utópico” del marxismo. En este aspecto, Marx supera a los socialistas utópicos, como también supera el hegelianismo, y lleva el propio pensamiento de Hegel más allá de Hegel. El salto que se emprende en el presente implica dejar atrás el estado actual y proyectarse hacia el futuro, pero eso sí: el movimiento comienza con la cabeza en alto y los pies sobre la tierra.

* * *

Vivimos tiempos violentos. La promesa de una era de paz cifrada en el desarrollo económico y en el “libre” intercambio comercial ha quedado olvidada como un viejo lema de campaña desgarrado por el viento. Hoy es evidente lo que siempre fue: que para el capital, violencia y acumulación son sinónimos; que no hay intercambio comercial que no exija subordinación y pleitesía a los poderes dominantes; que inversión es

⁶ K. Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, cap. 1, en www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm. Marx también cita en latín la frase de Esopo en el tomo I de *El Capital*, cap. 4, donde escribe: “La transformación del dinero en capital ha de desarrollarse sobre la base de las leyes immanentes al intercambio de mercancías, de tal modo que el *intercambio de equivalentes* sirva como punto de partida. Nuestro poseedor de dinero, que existe tan sólo como oruga de capitalista, tiene que comprar las mercancías a su valor, venderlas a su valor y, sin embargo, obtener al término del proceso más valor que el que arrojó en el mismo. Su metamorfosis en mariposa debe efectuarse en la esfera de la circulación y *no* debe efectuarse en ella. Tales son las condiciones del problema. *Hic Rhodus, hic salta!*”.

⁷ “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo; cuando de lo que se trata es de transformarlo [*Die Philosophen haben die Welt nur verschieden interpretiert; es kommt aber darauf an, sie zu verändern*]”. Karl Marx, “Thesen über Feuerbach”, en https://marx.works/me03/me03_533.htm.

igual a devastación; que los seres humanos sobran, y que la única forma de abrir mercados de manera duradera es a través de bombardeos e intervenciones militares. Al igual que hace cien años, nos encontramos en presencia de una ultraderecha ascendente; de discursos cínicos, violentos, racistas y xenófobos; de guerras comerciales; de un militarismo abierto; de procesos de colonización, despoblación y genocidio. Nadie puede llamarse a engaño. Nuestro tiempo es un tiempo de caos y guerra, cuyas consecuencias son aún impredecibles, pero muy probablemente catastróficas.

El contexto de la violencia creciente a escala internacional es el del choque interhegemónico entre Estados Unidos y China, acompañado de cerca por la nueva revolución tecnológica encabezada por la llamada inteligencia artificial (IA). Mientras la potencia en ascenso ha colmado relativamente sus espacios internos de acumulación y se ve en la necesidad de expandir su poderío económico por los cuatro rincones del orbe (hasta ahora, de manera pacífica), la potencia decadente no encuentra otra forma de defender lo que considera sus espacios económicos naturales más que por medio del intervencionismo más agresivo –como en los casos de Venezuela o, peor aún, Gaza e Irán– o el mantenimiento de guerras subsidiarias (*proxy wars*) –como sucede en Ucrania–. La necesidad de definir la posesión de territorios y circuitos estratégicos de producción y distribución de materias primas esenciales para la nueva era (en la que el petróleo, el gas y el agua siguen jugando un papel esencial junto al litio, al silicio, al cobre, al cobalto, al zinc, al grafito, al galio, al estaño y a las llamadas tierras raras) ha elevado las tensiones a una escala realmente global, en la que las zonas álgidas pueden localizarse igualmente en Medio Oriente, en el sur de África, en América Latina, en el Polo Sur o en Groenlandia. Ningún punto de la Tierra está a salvo.

En este escenario, cada nación y cada economía han comenzado a alinearse para tomar posición en una confrontación día a día más abierta. Con sus armas comerciales, financieras, políticas y militares, el imperio vigente exige una subordinación absoluta que deja al descubierto la falacia de la soberanía política y los discursos nacionalistas y regionalistas. Europa occidental, por ejemplo, entrampada en la guerra de Ucrania, ha roto relaciones económicas con su vecina Rusia y experimentado el grado de su profunda dependencia de las materias primas de la nación eslava (en particular, gas, petróleo y carbón), la cual ha intentado ser paliada, a un altísimo costo, con productos de Estados Unidos. Las bases militares de este último país, esparcidas por distintos puntos de Europa occidental (Alemania, Italia, Reino Unido, España, etc.), más la adhesión militar a la OTAN, hacen de la Unión Europea una triste sombra de lo que prometió ser, confirmándola como una pieza más del tablero norteamericano.

En América Latina, un espacio geográfico que Estados Unidos considera propio, la derrota paulatina, pero constante, de los gobiernos progresistas –cuyo segundo ciclo, ya prácticamente cerrado, es apenas sostenido con alfileres por Brasil y México– encamina al redoblamiento de la dependencia y a la reafirmación del carácter periférico del subcontinente. Las grotescas exhibiciones de subordinación por parte de los gobiernos de Argentina, Ecuador, Bolivia, Colombia, El Salvador y, ahora, incluso Venezuela –que ha cedido la explotación de diecisiete de sus más estratégicos pozos petroleros a compañías estadounidenses por veinticinco años– dan cuenta del avance de la ultraderecha en la región y de la forma coordinada en que los intereses oligárquicos latinoamericanos conciben su única oportunidad de sobrevivencia en la sumisión absoluta a la voluntad del imperio. La pequeña Cuba socialista todavía resiste, es cierto, pero el bloqueo se ha vuelto –con Trump 2.0– un asedio puro y duro de gravísimas consecuencias humanitarias, ante la pasividad y el silencio de la gran mayoría de los países (del mundo y de la región).

Los países que, como México, intentan mantener un resquicio de soberanía en la elaboración de sus políticas económicas y en sus mecanismos de redistribución social, lo hacen a costa de subordinarse a determinadas estrategias de control y “pacificación” que convierten a sus cuerpos militares y policíacos en extensión armada de los intereses norteamericanos (intentando evitar con ello la intervención directa del imperio en el territorio nacional). Esto es, en el fondo, lo que hay detrás de la “guerra contra el narcotráfico” que Estados

Unidos ha impuesto a naciones como México y Colombia. Al mismo tiempo, la renegociación de los tratados de libre comercio y las presiones arancelarias no son más que un mecanismo para doblegar las industrias locales, revertir el déficit externo y bloquear cualquier posible alianza con los competidores chinos.

A diferencia de México, Brasil ha soportado mejor la presión arancelaria de Estados Unidos, tanto por su lejanía geográfica como por ser miembro fundacional de los BRICS+. La principal consecuencia de las amenazas comerciales de Trump al país carioca ha sido el crecimiento exponencial de las exportaciones hacia China –que ya triplican las realizadas a Estados Unidos–, lo que la convierte en el principal socio comercial de Brasil. Aunado a ello, la construcción del tren bioceánico, que tiene la intención de conectar la zona atlántica con el puerto peruano de Chancay, confirma la alianza estratégica entre estas dos naciones y la inclusión del país latinoamericano en la Nueva Ruta de la Seda. Ante esta alianza cada vez más profunda, la ultraderecha brasileña, apoyada por los grandes grupos mediáticos de desinformación masiva de América Latina, intentan reposicionarse en las elecciones de octubre próximo con la intención de realinear al país sudamericano a la órbita imperial estadounidense. El cambio de alineación económica y política no es imposible, como se vio en 2023 a propósito del corredor de Lobito, en África, un proyecto de infraestructura ferroviaria y de transportación de metales fundamentales (cobre, cobalto y coltán, entre otros) para la producción de dispositivos de alta tecnología, que originalmente fue impulsado por China en Angola, Zambia y República Democrática del Congo, pero que ahora es patrocinado por EE.UU. y la Unión Europea.

¿Cuál debe ser la posición política de la izquierda anticapitalista en este complejo escenario de disputa inter-hegemónica global que cada día da muestras de un mayor grado de violencia y confrontación, y que apenas si abre un resquicio para la defensa limitada de la soberanía y los proyectos de redistribución social? ¿Qué hacer?

En primer lugar, ante la creciente violencia bélica a escala global que, en pos de proyectos neoimperialistas, neocolonialistas y expansionistas decadentes y genocidas (siendo el ejemplo más atroz el de Israel en Palestina), sacrifica miles de vidas inocentes y perjudica principalmente a los pobres y desposeídos del planeta –a los condenados de la Tierra, como los llamó en su día Frantz Fanon–, no existe, a corto plazo, otra alternativa que la de un pacifismo estratégico que se oponga a toda violencia contra los oprimidos y genere lazos internacionales de solidaridad, como los que se han construido para detener el genocidio en Gaza. Al mismo tiempo, se debe insistir en el mínimo respeto a la racionalidad económica del sistema y a su lógica de intercambio de equivalentes, opuesta, en principio, al saqueo y a la expropiación violenta. Evidentemente, el sistema está constituido sobre la base de una violencia estructural contra la clase obrera, pero ante el cinismo abiertamente imperialista, se debe insistir, por el momento, en el respeto a las mínimas reglas de convivencia y racionalidad como simple mecanismo de defensa y supervivencia.

Esta política pacifista y negociadora, sin embargo, no puede ser ingenua. Por las razones ya expuestas, la violencia imperialista seguirá en ascenso con toda su carga irracional y producirá conflictos en distintas naciones y regiones del orbe, por lo que el pacifismo y la exigencia de racionalidad dentro del sistema no pueden mantenerse a mediano y largo plazo, y la política de izquierda debe prepararse para una lucha de resistencia, en la que los oprimidos tomen de nuevo un protagonismo fundamental contra los proyectos neoimperialistas y neocolonialistas y defiendan su propia vida y la de los suyos, más allá de la posición oficial de los Estados nacionales que supuestamente los representan.

Así, en segundo lugar, tomando en cuenta la evolución de las políticas neoimperialistas y el endurecimiento de la sujeción económica y política de las naciones periféricas –lo que incluye a todo el subcontinente latinoamericano–, se vuelve indispensable pensar en un camino conducente a la recuperación paulatina de la soberanía nacional y regional, que vaya más allá de la formalidad jurídica y diplomática de los Estados capitalistas y se traduzca en la posibilidad de imponer términos al mercado mundial, algunas exigencias y condiciones básicas que limiten las apetencias de apropiación y saqueo por parte de las grandes potencias. Para ello, resultan insuficientes las coincidencias tácticas momentáneas con aquellas posiciones que aún

puedan identificarse como “progresistas”. Si bien esta posibilidad no debe ser desdeñada del todo en pos de mejoras económicas para las clases oprimidas y de la elaboración y aplicación de políticas sociales concretas, debe tenerse en cuenta que dichas posiciones son frágiles y reversibles a mediano plazo, en gran medida porque dependen de la aquiescencia de los poderes económicos y oligárquicos de cada nación, y mientras más sometido y dependiente sea el país en cuestión, más sumisa y antinacionalista será la burguesía que lo integre. Por ello mismo, la reivindicación soberana debe provenir de los propios pueblos oprimidos que contemplan impotentes el saqueo de sus recursos y la destrucción de su medioambiente y de su territorio. Deben ser ellos los protagonistas de una lucha global contra el capital imperialista, y también nacional, que vive de extraer sus recursos de manera violenta y de dañar permanentemente los ecosistemas donde se introduce. Incluso los gobiernos progresistas tendrían una mayor posibilidad de sobrevivencia y perduración aliados con las bases sociales a las que dicen representar.

Así pues, en tercer lugar, dentro del contexto de la lucha interhegemónica global y el progreso de la nueva revolución tecnológica, se vuelve indispensable valorar con precisión, sobre todo desde el horizonte de las naciones periféricas, qué recursos y qué industrias juegan un rol estratégico en los procesos reproductivos del mercado mundial, de tal forma que los grupos oprimidos, sin ser furgón de cola de gobiernos “progresistas” o socialdemócratas, reivindiquen su defensa autónoma, fuera de la lógica acumulativa del capital o de la administración facciosa de los Estados burgueses. Desde esta perspectiva, la reapropiación colectiva de los recursos y las industrias estratégicas, primero, en defensa de la soberanía nacional, e inmediatamente después, de la construcción común de una economía que rompa con la lógica de la ganancia y la acumulación, dotarían de una base material a la lucha anticapitalista que, de darse como es debido, sólo lo podría ser a escala internacional, desde el amparo de los lazos de solidaridad contruidos sistemáticamente a lo largo y ancho del globo terráqueo.

Añadamos algo importante: con independencia de las opciones tácticas y las decisiones más o menos coyunturales, en la hora actual resulta imperioso reponer ante los ojos de las grandes mayorías un horizonte revolucionario, utópico y realista a la vez. Necesitamos volver a hablar de revolución, de cambios en el modo de producción, de abolición del capitalismo. Y necesitamos, desde luego, mucho realismo a la hora de tejer las alianzas necesarias para acometer tan vasta y arriesgada empresa, así como mucha imaginación para esbozar cuando menos los contornos de una democracia proletaria y una economía socialista capaces de ofrecer libertad, igualdad, justicia y sustentabilidad.

Los tiempos por venir no son halagüeños. La disputa por la hegemonía global llevará a la radicalización de las posiciones imperialistas y a la violencia sistémica desplegada por la potencia decadente y sus aliados. Hasta qué punto es capaz Estados Unidos de mantener esa actitud cínica y agresiva contra el mundo, es algo que no se puede saber de antemano y que depende, en gran medida, de lo que suceda internamente en ese país y de la oposición que se logre construir en los distintos rincones del mundo. Tener un panorama claro de la situación actual es el primer paso para elaborar, desde la izquierda anticapitalista, un plan de acción consecuente, consciente del escenario mundial y de las posibilidades y alcances reales de una acción colectiva... Sólo en la acción hay esperanza, escribió Sartre. *Hic Rhodus, hic salta!*

*

*

*

Dejamos la mala noticia para el final. Hacer *Corsario Rojo* tan a pulmón, entre tan pocas personas involucradas en las tareas operativas (traducción, edición, maquetación y muchas otras que quedan fuera del radar de la consideración pública, no por rutinarias y tediosas menos importantes que las contribuciones más creativas, rutilantes y satisfactorias de autoría intelectual), se ha vuelto una quijotada más allá de nuestras

humanas y humildes posibilidades. Por ello, hemos tenido que tomar la dolorosa decisión de espaciar una vez más nuestra periodicidad. Si *Corsario Rojo* nació como una publicación trimestral, allá por la primavera austral de 2022; y luego, a partir de 2024, con el sexto número, pasó a tener una frecuencia semestral; desde ahora, con esta décima entrega que aquí hemos presentado, se convierte en un anuario.

Es una mala noticia, sí. No podemos negarlo... Pero, como reza el viejo refrán marinero, *a mal tiempo, buena cara*. El intelectual y editor argentino Rodolfo González Pacheco, uno de los mayores quijotes de la prensa anarquista rioplatense e hispanoamericana en las primeras décadas del siglo pasado, nos dejó esta optimista reflexión, en circunstancias adversas no tan diferentes a las nuestras.

El esfuerzo que se pone en la obra revolucionaria no cae a un pozo, sino que se alza y se suma a un impulso de la vida. No muere tragado por el vacío, sino se alarga y se aclara en el torrente idealista. Es la gota de que está hecha la ola, la piedra que tiene en pie la montaña. Seamos conscientes de esto para que nuestra alegría de hacer aun las más humildes cosas por la Anarquía –escribir un manifiesto, pegar un grito, repartir un folleto o un periódico– no decaiga, renazca siempre.

No es el caso de ponerse este dilema enfrente: o todo o nada. Todo no se puede, compañeros; nada es la muerte. Algo, algo cada día, cada hora es lo que vale, lo que cuadra a la planta en la tierra, al monte en la altura, al hombre en la batalla. Hagamos algo, pues.⁸

Una revista anual es mejor que ninguna, no hay dudas de eso. Con viento en popa o a barlovento, bajo la égida cinética del dios Eolo o denodadamente de bolina, *Corsario Rojo* seguirá navegando los mares del pensamiento crítico, la *parresía* anticapitalista y el debate público de ideas.

⁸ *La Antorcha*, nro. 130, noviembre de 1930.